

pues del culto hácia Dios, los marineros rinden su culto á la *Estrella de los mares*, á esta Virgen divina, que con una sonrisa calma las mas violentas tempestades, y hace aplacar los vientos desencadenados. . . . Volvamos, pues, á cada navio su limosnero, su misa de domingo, y su *Ave maris stella*.

### MISA DE HOSPITAL.

Otra misa mucho menos majestuosa sin duda, que las celebradas en el campo de batalla, y á bordo de un navio, en medio de toda la brillante magia de las armas, es una *misa de hospital*. Siempre me acordaré haber asistido al santo sacrificio en una sala poblada de enfermos y de agonizantes. A derecha é izquierda de esta espaciosa galeria, estaban alineados cincuenta lechos, con sus cortinas, trapos y cubiertas, que rivalizaban en blancura con la nieve. ; Ay ! Ninguno de estos lechos estaba desocupado. ; Tanto se saciaron la enfermedad y la miseria, en llenar los lugares que les estaban reservados !

Sobre cada una de estas camas, yacia un ser que sufría, ó un moribundo, tocando al momento de no sufrir mas ; y luego que la pequeña campanilla del niño de coro que acompañaba al sacerdote que subía al altar, se oyó para anunciar que comenzaba la misa, ví á todos los llagados, los enfermos y los convalescientes levantarse, mientras que podían incorporarse, y llevar á su frente su mano pálida y descarnada para hacer la señal de la Cruz : los menos débiles, se inclinaban hácia adelante, y con las manos juntas miraban al altar. Entre las dos luces que alumbraban el altar, poco mas arriba del tabernáculo, donde las hostias del viático y los santos aceites se conservan para los agonizantes prontos á partir para el gran viaje, para el viaje que no tiene retorno, se veía una bella estatua de la Virgen de los Dolores, sentada al pié de la Cruz, y vertiendo lágrimas sobre el cuerpo ensangrentado de su divino Hijo.

Algunos santos, algunos justos que Dios protege especialmente, han visto algunas veces, asistiendo á la misa, toda una escolta de ángeles y serafines prosternados al rededor del altar, adorando el Dios de la Eucaristía. ; Yo, pecador ! nunca he tenido ninguna de estas visiones ; pero en esta misa que nunca se borrará de mi memoria, he visto otros ángeles de aquellos del cielo ; he visto, mientras el sacrificio se celebraba, marchar dulce y silenciosamente dos hermanas de la caridad, yendo de un

lecho á otro, para saber donde debían llevar sus socorros. La piedad de las hijas de San Vicente de Paul debe ser ardiente, viene á ser su pasión dominante la caridad. En esta media hora que duraría la misa, podría haber sufrimientos mas agudos, pechos mas oprimidos, debilidades mas extremas, agonías mas avanzadas, y últimos suspiros entregados al Dios de los vivos y de los muertos. . . . Era preciso que las hermanas de servicio no ignorasen nada de esta triste estadística, para que pudiesen decir al sacerdote donde estaban los que *partían*, y donde se encontraban los que *habían partido*. Tambien, despues de pasada esta solemne revista, van á decir algunas palabras al limosnero, que bajando del altar, se dirige en seguida á los lechos indicados por las vigilantes, y allí, ejerciendo su santo ministerio, daba á uno aquí, el pan de los fuertes, á otro allá la unción de salud, á este otro le cubría el rostro la hermana de la caridad, porque mientras el celebrante habia pedido á Dios misericordia y compasión para alejar los sufrimientos de todos los que estaban presentes al Divino Sacrificio, este enfermo se habia ido dulcemente y sin esfuerzo de este mundo de dolores.

Una de las hermanas me contó, que el jóven sacerdote cuya misa acababa de oír, celebrada con gran devoción, habia tenido no hacia mucho tiempo una dura prueba, seguida de una gran dicha.

Desde sus primeros años, este digno ministro del *Dios que ha atravesado el mundo haciendo el bien*, habia recibido una educación esmerada. Abandonada su madre por su marido, que se habia hecho marino despues de haber disipado locamente su patrimonio, vivía en la soledad, los pesares y la resignación, y frecuentemente su hijo, colocándose sobre sus rodillas maternales para rogar á Dios y á la Santa Virgen, habia sentido caer dos lágrimas sobre su frente, y sobre sus pequeñas y juntas manos. Samuel no ha sido el solo niño á quien el Señor ha hablado. Cuando ya en una familia ha cesado el torbellino, cuando ya no hay ruido alguno, tiene la buena suerte de que la voz de lo alto se hace oír.

La piadosa cristiana, que vivía como una viuda, y que estimaba mas confiar sus desgracias á Dios que á sus vecinas, pasaba todos los dias una hora en la Iglesia, y una de las dichas del pequeño Estanislao era ir con ella. Sin poder definir qué atractivo lo llevaba allí, él se sentía mejor que en ninguna otra parte : las luces del dia que le llegaban, á través de las góticas claraboyas, le agradaban mucho mas que la clara luz del sol ; la paz que reinaba debajo de las altas bóvedas, llegaba mejor á su alma, ya pensativa, que el bullicio de las calles y de las plazas públicas ; las piedras de la casa de Dios, impregnadas hacia dos siglos del humo del incienso, le daban un perfume bendito, que prefería al de las

flores. Así, para él las cosas exteriores ayudaban al desarrollo de sus sentimientos íntimos. Un año después de su primera comunión, se distinguía en el Seminario, por su amor al trabajo y por su piedad. Llegado el tiempo prescrito, recibió las órdenes. La elevación de su espíritu lo llevó á la vida contemplativa; pero su caridad para con los pobres y los enfermos le hicieron solicitar el encargo de agregado inferior del Hotel-Dieu, de Paris.

Hacia ya dos años que veía bien cerca el sufrimiento, la miseria, la mala conducta y la corrupción, cuando fué una tarde llamado para un enfermo que acababa de ser llevado al hospital, todo golpeado, ensangrentado por una pendencia en una taberna. Este hombre, en una sobre-escitacion estrema, no hacia oír mas que juramentos, maldiciones y blasfemias. Cuando se le aproximó el abate Estanislao, la irritacion vino de nuevo á redoblar su violencia, y fué preciso al jóven sacerdote todo el valor, toda esa abnegacion de sí mismo que dá el celo apostólico, para atreverse á aproximar á este furioso, espumando de rabia, y que repetía agitándose y revolcándose sobre la cama: “¡Oh, los bribones, los malvados! Si no nos hubieran separado, tenia ya su vida en mis manos; habria podido saciarme de su sangre.”

—¡Desgraciado! le dijo el ministro del Dios que ha perdonado á tantos; renunciad á esos pensamientos de odio y de venganza. No os pese mas no haber arrebatado la vida de vuestro contrario.... La vuestra está en peligro.....

—Eso no es cierto.... callad.... me siento bien.... Yo viviré todavía para matarlo.... para perseguirlo siempre.... Pero dejadme.... No quiero gentes de vuestra especie.... Id á otro, á cualquier otro que crea en vuestro Dios.

—Hijo mio.....si hubiese aquí algun otro aun mas grave....mas cercano á la muerte que vos, os dejaria para ir cerca de él....

—Os repito que mentís..... yo no moriré hasta que haya tomado mi rebancha..... Mirad..... ¿es este el puño de un hombre que va á morir? y diciendo estas palabras, asió del brazo al jóven sacerdote, y lo apretó con tanta fuerza, que aquel vió en efecto que la muerte no estaba tan próxima como habia creído al principio..... Entonces, después de algunas otras palabras de perdon, que el herido refutaba siempre, el abate Estanislao se alejó de aquel lecho para dirigirse á otro.

La mañana siguiente, se apresuró á preguntar á la hermana vigilante, cómo estaba el nuevo entrado. “Toda la noche ha sido horrible; el desgraciado no ha tenido ni un instante de reposo, ni un momento de silencio; siempre suplicios atroces, siempre blasfemias,” respondió el ángel

de la caridad. “Apenas habrá media hora que se ha calmado: su furor se ha apaciguado, mientras nosotras rezábamos á la oracion las letanias del Santo nombre de Jesus.....

—Antes de la misa, quiero verlo un instante: rogad por él, hermana mia.

Después, se dirigió en puntillas el abate á arrodillarse cerca del lecho donde el extranjero estaba acostado. Este no se movia y sus ojos estaban cerrados. ¡Dios mio! dijo por lo bajo el jóven sacerdote, prolongad esa calma para que yo pueda con vuestra gracia hacer que descendan á esta alma algunas ideas de arrepentimiento, de misericordia y de perdon.

Dichas estas palabras con gran fervor, se levantó el capellan y se iba para la sacristía. Habia ya dado algunos pasos en esta direccion, cuando volvió de repente cerca del lecho..... Después, habiendo tomado de su breviario una de esas pequeñas imágenes de piedad que las almas piadosas colocan en ellos, se fué á colocarla en las cortinas del herido, de manera que pudiese verla al despertar. Esta imagen representaba á San Estanislao de Koska orando ante el altar de la Santa Virgen. Este recuerdo era muy caro para el abate; venia de su madre.

Llegado al altar, el jóven sacerdote no podia desechar el pensamiento del enfermo. En esta multitud de seres que sufrían, ¿cuántos no habria allí mas interesantes que aquel? Y sin embargo, era aquel solo, aquel que los enfermeros habian llamado el bandido, el que lo preocupaba mas, y durante el sacrificio rogó por él mas que por los otros.

Terminada la misa, hacia el capellan con gran recojimiento su accion de gracias, cuando una hermana, aquella con quien habia hablado en la misma mañana al entrar en la sala, vino á decirle con una expresion de alegría:

—Señor abate, él os llama.

—¿Quién?

—El hombre del número 48..... el furioso de ayer tarde.

—¿Le han vuelto los furoros?

—¡Oh, no! está tranquilo y dulce como un cordero. Os llama.

—¡Bendito sea Dios! Apresurémonos pues.

Si entonces hubiese visto alguno, habria descubierto dos lágrimas de alegría en los ojos del limosnero, y en los de la hija de San Vicente de Paul, porque la caridad tiene mas verdadera ternura que todos los amores de la tierra.

Hélos aquí á los dos, cerca del hombre á quien la cólera habia roto los vasos interiores y por consecuencia, se llenaba el pecho de sangre.....

Ya no se agita ni se revuelve sobre su lecho.... Su vista no está ya inflamada; su boca no blasfema ya..... Medio sentado sobre su lecho, tenía los ojos fijos sobre una imájen que tenía en una de sus largas manos; con la otra se limpiaba el sudor frio que caía sobre su vista..... Su preocupacion era tal, que ni oyó ni vió al sacerdote y la hermana de la caridad que llegaban cerca de él.... En fin, al cabo de algunos instantes, el desconocido, levantando los ojos.... con una sonrisa como de reconocimiento sobre sus labios, que la vispera no proferian mas que blasfemias y maldiciones, y con una voz dulce preguntó:

—¿Quién ha fijado esta imájen en la cortina de mi lecho?

—He sido yo, respondió el abate.

—¿Me conocia vd.?

—Absolutamente.

—¿Por qué, pues, me habeis puesto la imájen de San Estanislao?

—Porque tengo gran confianza en él.

—¿Ah! ¿no habeis tenido otras razones? Es que yo, agregé pasando la mano sobre su frente, es que yo tambien..... amaba ese nombre..... lo amo todavía.....

A estas palabras, el desconocido llevó la imájen á sus labios..... las lágrimas brotaron de sus ojos.... su boca se entreabrió..... ¡Dios mio! esclamó; Dios mio!

Y las convulsiones de la noche le repitieron. Menos violentas que las de la vispera, no duraron largo tiempo; pero fueron seguidas de una debilidad grande, porque en su agitacion habia vomitado gran cantidad de sangre.

Luego que se hubo calmado un poco, se puso á hablar..... pero como consigo mismo; alguna vez se abrian sus ojos en estremo, pero tenían la apariencia de no distinguir objeto alguno. “Es extraño, decía, este nombre que ella y yo hemos querido darle.... este nombre que yo no pronuncio jamas.... le encuentro aquí..... sobre esta imájen.... atado á mi lecho..... Y despues, cuando este sacerdote ha dado la comunión..... he podido mirarlo..... he fijado mis ojos sobre los suyos..... se parecen tanto á aquellos que yo he amado..... y que tanto he hecho llorar. ¿Por qué se aproxima él á mí? Ayer, habia renegado de él..... él y su ropaje negro me causaban horror, y al presente, si lo volviese á ver..... Se ha operado tal cambio en mí durante su misa..... que si lo volviese á ver al presente..... lo bendeciría....

—¿Héme aquí, héme aquí, gritó el abate Estanislao; héme aquí cerca de vos.... Yo no sé quién seais; pero jamas por enfermo alguno de

los que aquí han llegado he sentido en mi corazon tanta caridad.... oY daria mi vida por salvar vuestra alma.

—¡Oh, mi alma! ¡Si tú supieras, jóven, cuánto está manchada! ¡en cuántas iniquidades está envuelta y cubierta! No pensarias en salvarla Dios mismo no podria.....

—¡Callad! no blasfemeis. Vuestros pecados os habrán vuelto rojo como la escarlata, pero el Señor os volverá blanco como la nieve. El arrojará vuestras iniquidades lejos de sí, apartará vuestras prevaricaciones, y no las verá.... no verá mas que vuestro arrepentimiento..... En nombre del Salvador Jesus, no desesperéis de la divina misericordia.

Rogando así, el jóven sacerdote habia caído de rodillas cerca del lecho; tenía las manos del extranjero en las suyas, y las regaba con sus lágrimas.

Despues de algunos instantes, el desconocido, que no retiraba sus manos de las del capellan, y que dejaba correr abundantes lágrimas, dijo con una voz mas reposada y en calma: “Mi cabeza está bien débil.... mis ideas bien trastornadas, y sin embargo, en la oscuridad que me envuelve, creo entrever cosas del pasado..... Habrá mas de veinte y tres años, que yo habia abandonado, que habia condenado á las privaciones, á la desgracia, tal vez á la miseria, á mi muger y á mi hijo.....

—¿Pues qué, gritó el sacerdote levantándose é inclinándose sobre el desconocido, teneis una muger? ¡un hijo! ¿habeis habitado en Nantes? Una palabra todavía..... una sola, yo os lo ruego..... ¿Vuestro nombre?

—José Le Mellier.

A esta palabra, el abate Estanislao Le Mellier, no permaneció mas en pié..... estaba en los brazos, sobre el seno de su padre..... Las palpitaciones de sus corazones, sus lágrimas de alegría, se confundieron, se mezclaron en una dicha comun.... Y la piadosa hija de San Vicente de Paul, testigo de tanta felicidad, bendecía á Dios desde el fondo de su alma admirando sus caminos, y cómo habia traído al padre culpable cerca de la ardiente caridad de su hijo.

Todos los desvarios de la vida de José de Le Mellier, todas las vicisitudes, todos los escesos, los remordimientos de semejante existencia, habian gastado esta naturaleza de corsario, tan terrible para él como para los demas. La alegría que en aquel instante probaba, y á la cual se abandonaba como á un desconocido encanto, era ciertamente saludable á su alma, porque su hijo sabia aprovecharla; ¿mas no seria para el cuerpo un choque demasiado violento? Hé aquí todo lo que se podia pedir..... esto era lo que su hijo podia creer. Así, con su celo de após-

tol, no dejó largo tiempo á su padre con la falsa tranquilidad que su reconocimiento habia hecho nacer. Dios acababa de aproximarle á su padre; él debia conducir á su padre hasta Dios. No faltó un punto á este deber, y cuando el abate Estanislao habló al pecador arrepentido, de un confesor, José Le Mellier respondió: “A vos es á quien escojo: quiero que sepais cuánto me ha hecho desgraciado mi odiosa conducta para con vuestra madre, y cuánto me he maldecido durante mis escandalosos extravios, por haber abandonado mi muger y mi hijo.”

Hay gracias divinas reservadas especialmente al sacerdocio; así nosotros, gentes del mundo, no podemos tener mas que una idea bien imperfecta de lo que debe sentir un hijo cuando vé á su padre en el tribunal de la penitencia, arrodillarse ante él, acusándose de todo el mal que ha cometido y confesando humildemente sus pecados. Suponemos que el orgullo filial debe entonces sufrir; pero tal vez será porque no sentimos los ardores del celo apostólico. David ha dicho, que el Señor no desprecia un corazón contrito y humillado (1). El sacerdote, poseyéndose de este sentimiento, debe medir su estimacion por el valor y la sinceridad de las confesiones que le son hechas.

Cuando el culpable está sobre el camino que lo lleva á Dios, es necesario quitar todas las piedras, todos los inconvenientes que puedan embarazar y retardar el paso. Así, el feliz Estanislao, facilitándolo todo á su padre, supo llegar pronto al grande y decisivo momento. Las contusiones que el herido habia recibido en la cabeza, los dolores que resentia hacian esperar una congestion cerebral: no habia, pues, un instante que perder, y en efecto no se perdió.

¡Oh! Luego que la mano del sacerdote, la mano del hijo se estendió sobre la cabeza blanca de Le Mellier; luego que el perdon llamado por su hijo descendió sobre el culpable, ¡cuánta fué la alegría, la indecible, la celeste dicha del padre y del hijo! El que se arrepiente, perdonado, respira con gozo; el peso de sus pecados no le oprime mas, y el sacerdote que habia quitado su peso, que habia arrojado á otra parte las iniquidades del penitente, repetia con trasporte: “Este, que yo pongo ahora sobre el camino del cielo, es mi padre. ¡Oh, Señor, sed bendito para siempre!”

La muerte siguió de cerca al perdon, y la mañana siguiente del dia en que se habia confesado, Le Mellier recibió, siempre de manos de su hijo, el Santo Viático y la Extrema-Uncion; y como si hubiese sentido que

(1) *Cor contritum et humiliatum Deus non despiciet. Salm. Miserere.*

nada mas tenía que hacer acá abajo, en su especie de delirio repetia: Partamos: ella me ha perdonado; partamos.

Cuando el alma, purificada y blanca, hubo emprendido su vuelo; cuando despues de haber Estanislao pagado filialmente su deuda á la naturaleza, hubo rogado y llorado sobre su padre, la hermana de la caridad tendió el velo sobre el rostro del muerto, diciendo al sacerdote: “Bendigamos á Dios: éste que acaba de partir, os habia dado una vida corta y desgraciada acá abajo; vos le habeis asegurado con la de lo alto la dicha eterna. Por gratitud, él rogará por vos.”

### MISA DE DIFUNTOS.

La religion, que nos bendice en el bautisterio, nos bendice en el féretro. La tumba es la cuna de la inmortalidad; y es preciso pensar mas en ella.

Cuando uno ha vivido sesenta años, ¿en cuántas misas de muertos no ha rogado? Envejecer, es ver morir, y ver morir, es una advertencia, es oír una voz que nos grita: “hoy por mí, mañana por tí.”

Las misas de muertos, á las cuales nuestros amigos nos convidan, son como manchas negras, como pausas graves en nuestra vida disipada. Jamas se nos muestra tan poderoso el valor de la plegaria y la escelencia de nuestro gran sacrificio, como cerca de un altar enlutado. Junto al sepulcro ha querido la Iglesia hacernos ver la oracion mas poderosa que la muerte. Sin duda lo ha conseguido, y despues de diez y ocho siglos, no existe en este mundo de dolores, en este valle de lágrimas, otra consoladora como ella; por sus plegarias para los que han dejado de existir, ha hecho menos amargo á cada cual, este duro pero saludable pensamiento de la muerte, que le ha sido preciso darnos frecuentemente para moralizar nuestra vida. “Así la paloma ablanda en su pico el trigo que ofrece á sus pichones (1).”

En las páginas precedentes, hemos intentado describir las ceremonias y las oraciones. Una parte de estas oraciones se suprime, cuando el santo Sacrificio se celebra por los muertos; toda alegría, aun aquella que viene de lo alto, seria desagradable cerca de un féretro y en medio de una familia poseida del llanto.

(1) Chateaubriand.

En una misa de *Requiem*, esta primera entrada, ese diálogo entre el sacerdote y el pueblo, representado por el que responde, es, por fuerza, mucho mas corto. El cántico de triunfo que entonaron los ángeles sobre el establo de Betleem, se omite igualmente; la Iglesia, cuando ruega por los fieles difuntos, parece en algunos instantes mucho mas ocupada de su reposo eterno, que del pensamiento de glorificar á Dios. En lugar de gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, repite: "Dadles, Señor, el reposo eterno, y haced lucir sobre ellos la luz eterna."

En la conmemoracion general de los difuntos, el oficiante comienza por esta oracion:

"Fijad la vista, Señor, sobre nuestra alianza, y no entregueis á las bestias feroces las almas de aquellos que alaban vuestro nombre; no olvidéis las almas de vuestros pobres; no las olvidéis para siempre."

"¿Por qué Señor nos habeis repelido? ¿Será esto para siempre?"

"¿Por qué vuestra cólera se ha encendido contra las ovejas de vuestros pastos?"

Despues de la epístola resuenan las palabras del gran Apóstol: "Todos nosotros resucitaremos; pero no seremos combatidos. Esta resurreccion se verificará en un momento, al sonido brillante de la trompeta final, y los muertos resucitarán en un estado incorruptible; y entonces seremos cambiados; porque es preciso que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad, y el cuerpo mortal se revista de inmortalidad. Entonces se cumplirá esta palabra de la Escritura: La muerte será absorbida por una completa victoria. ¡Oh muerte! ¿Dónde está tu victoria? ¡Oh muerte! ¿Dónde está tu aguijon?"

En el gradual: "Sacad mi alma de la prision en que está, á fin de que os bendiga, Señor."

"El alma en el dolor que la oprime, y el espíritu en la inquietud que lo agita, claman por vos."

"Escuchad, Señor, y tened compasion, por lo mismo que sois un Dios de bondad; tened misericordia de nosotros, porque hemos pecado. Dios de Israel, escuchad ahora la plegaria de los muertos de Israel."

Despues viene el gran himno de la muerte, el himno de la cólera, el *Dies irae*; terrible y magnífico recuerdo del juicio final, y de los decretos eternos del soberano Juez.

El evangelio viene en seguida á confirmar todo esto, que el inspirado poeta ha cantado.

"En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo, la hora viene, y ya ha llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escucharen vivirán; porque así como el

Padre tiene la vida en sí mismo, así tambien ha dado al Hijo tener la vida en sí mismo, y le ha dado el poder de juzgar, porque es el Hijo del Hombre. No os admireis de esto: porque vendrá tiempo en que todos los que están en el sepulcro, oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hubiesen hecho buenas obras resucitarán á la vida, y los que hayan cometido malas obras resucitarán para su condenacion."

Al ofertorio dice el sacerdote: "Yo fijaré los ojos sobre el Señor. Yo enterneceré á mi Salvador; él escuchará mi voz. Yo me levantaré despues de haber estado sumido en las tinieblas: el Señor entonces será mi luz."

Mas tarde á la comunión: "Aquel que coma mi Carne y que beba mi Sangre, tendrá la vida eterna, y yo lo resucitaré en el dia del juicio."

En todas estas citas, extractadas de la misa de muertos (y de un libro donde una muerta muy cara ha rogado por los que ya no viven) veo toda la solicitud de una madre intentando fortificarnos y alimentarnos con esperanzas celestes, para que nuestro valor no se debilite en este momento supremo. En el tesoro de los libros santos, la Iglesia ha buscado, ha reunido todo lo que revela y autentica nuestra inmortalidad; y para que no tengamos pavor cuando avancemos á las regiones de la muerte, ha hecho descender dos luminosas hijas del cielo, la Fé y la Esperanza.

En esos aniversarios de familia, establecidos en nuestra vida social, para protestar contra el olvido, haciéndonos venir á rogar por aquellos que ya ni vemos ni oimos, y que hacia muy poco tiempo tenian lugar aún entre nosotros; ¿quién en esas misas negras que hacemos decir, no ha sentido dulcificarse la amargura de sus recuerdos, oyendo al sacerdote leer el evangelio donde se cuenta la resurreccion de Lázaro; sobre todo, cuando nos vienen desde el altar enlutado estas palabras: *Ego sum resurrectio et vita.* "Yo soy la resurreccion y la vida: aquel que crea en mí, cuando sea muerto, vivirá."

Con toda sinceridad, con toda verdad, declaro que creo firmemente que no he conocido, que no hay, que no habrá jamas, una frase tan llena asi de consuelo como aquella. Cada sílaba, cada palabra, está impregnada toda de esta gracia divina, que aleja las tristezas del alma, y que embota los tiros de la muerte. La porcion de tierra que cae resonando sobre el ataud, el mármol sellado que cubre el cadáver, los gusanos, la corrupcion que vienen á pesar de todos nuestros esfuerzos, á pesar de las cajas de box, de encina y de plomo, á devorar lo poco que nos queda de nuestros prójimos y amigos; todas estas cosas que destrozarian el corazon, pierden su horror despues de estas palabras: *Yo soy la resurreccion y la vida.*